



Pregón de la Semana Santa de Puente-Genil 1990

Señoras, hermanos:

Quisiera agradecer a la Agrupación de Cofradías y Corporaciones Bíblicas el haber depositado en mi su confianza y otorgado el que, como hijo de Puente-Genil, considero el mayor orgullo que este pueblo puede conceder; porque, ser pregonero, ser el cantor oficial de la Semana Mayor de Puente-Genil es una tremenda responsabilidad y un aviso para la propia modestia, pero, al mismo tiempo, permite satisfacer un sueño: exponer, sacar de nuestro interior un cúmulo de sensaciones, vivencias, emociones y nostalgias que uno, muchas veces, siente la necesidad de compartir.

Es obligado, también, manifestar mi gratitud a todos ustedes por su asistencia a este acto y pedirles disculpas anticipadas si su infinita paciencia no se ve correspondida por el pregón que su amabilidad merece.

Deseo, igualmente, dedicar estas reflexiones a los hermanos de mi Corporación **JUDIT Y LA DEGOLLACIÓN DE SAN JUAN BAUTISTA (“el Degüello”)** y, al cumplirse este año un siglo de la aparición unificada de nuestras figuras y celebrarse al mismo tiempo, el 25 aniversario de su refundación por los hermanos actuales, especialmente a nuestros decanos, sobrevivientes mananteros de aquellos niños que, hace ya cinco lustros, tuvieron el valor, en una época en que no era fácil (según nuestros mayores la Semana Santa atravesaba una profunda crisis y gran parte de la juventud pontana seguía otros derroteros), acometer la tarea de dar nuevos bríos, en la medida de sus posibilidades, a nuestra “Mananta”.

A mi “Degüello”, a mis maestros semananteros, a unos hombres que me honro en llamar hermanos y con los que comparto el alma en cada abrazo, deseo ofrecer estas palabras y con ellas, y ellos lo saben, los latidos más sinceros de mi corazón.

Decía un poeta hispano-americano, Alfonso Cortés: “la distancia es silencio, la visión sonido”. No es mi intención contradecir al poeta, entre otras cosas porque, ya de antemano, un poeta siempre es un ente de contradicción; pero, indudablemente, Alfonso Cortés no conoció Puente-Genil ni tuvo ocasión de comprobar hasta qué punto, en la tierra de este río que meció nuestras cunas, sus palabras se invierten. La distancia no es silencio para un pontanés; esta llena de torbellinos de imágenes, colores, sonidos, notas, canciones, aromas y sentimientos extraños y profundos que, frecuentemente, nos asaltan cuando menos lo esperamos, y a veces, sin que lo deseemos, porque, si no se tiene un paisano cerca para compartirlos, esos recuerdos, se lo aseguro, pueden llegar a doler.

Por otra parte, bajo este cielo, en esta transparencia blanca y azul de mi juventud, la visión no siempre es sonido; a no ser que consideremos sonido el latir de los corazones pontanos cuando, en el más impresionante de los silencios el “Terrible”, ya bajo el Arco, aguarda esa Diana cuyas notas, a través de los años, parecen haberse grabado, como en un pentagrama, en las propias piedras del Cerro del Calvario.

Digo esto, porque esas palabras del poeta son lógicas y razonables; pero la lógica y la fría razón no son aplicables cuando intervienen sentimientos ancestrales y costumbres heredadas de siglos.

Esta clásica dicotomía, razón y orden por un lado, sentimiento y caos por otro, fue el primer planteamiento que me hice a la hora de esbozar este pregón. Obviamente, desterré la razón, porque en los vínculos que nos unen con Puente-Genil y su Semana Santa mandan el corazón, el alma y la sangre, nunca el argumento lógico. También renuncié al orden, no sólo porque, como tantas veces se ha dicho, la Semana Santa pontana sea un ejemplo típico de desorden organizado, sabiamente, por cierto, añadiría yo sino también porque pensé que iba a dirigirme a una concurrencia de auténticos “mananteros”; y el “mananero” sabe por experiencia que hay momentos en nuestra Semana Santa en que, por el cansancio acumulado, a veces también por ciertos excesos de “uvitas”, pero sobre todo por la riada continuada de sentimientos y emociones, nos sentimos flotando en un universo particular en el que el tiempo y el espacio no cuentan en absoluto. Es el instinto, los genes, la fuerza invisible de los que nos antecedieron, lo que nos hace, en un momento dado, estar siempre en el sitio y en el instante cumbre.

Dejemos pues, con el permiso de visitantes y forasteros, el orden cronológico en este pregón; porque, en nuestra Semana Santa, el reloj no es lo esencial.

Permítaseme, por tanto, abordarlo desde el más puro sentimiento. Discúlpeseme, asimismo, que los pasos no aparezcan en él con el orden debido, sino con el que los recuerdos, los sueños y las impresiones de los sentidos los hacen desfilar por la mente enamorada cuando llega la resaca nostálgica del Domingo de Resurrección y se intenta rememorar lo que se ha vivido en una Semana Santa.

Anuestro llorado y entrañable cronista D. José Arroyo Morillo, le oí varias veces comentar que éste es un pueblo al que le llegan las cosas al corazón por cinco puertas: las de los cinco sentidos. Y este viejo “mananero”, por viejo y por “mananero”, llevaba como siempre toda la razón: el corazón, abierto, desnudo y entregado, y la exaltación de los sentidos son los ingredientes fundamentales de nuestra Semana Santa.

En lo que respecta a la exaltación de los sentidos, cualquiera puede comprobar que cada Paso, cada figura, cada esquina, cada aroma, cada sombra de este bendito pueblo es un impacto sensorial que exalta o conmueve profundamente el corazón.

Pero es el corazón, o, mejor dicho, la capacidad que tienen la Semana Santa pontana de despertar sentimientos dormidos, de tocar fibras sensibles y olvidadas, lo que hace que no sólo los pontanenses, sino también los forasteros que han probado este licor, sientan la necesidad de volver cada año para probar lo que alguno de estos hermanos adoptivos ha denominado “droga dura de la Semana Santa pontana”. Porque Puente-Genil, en estos días, es capaz de hacernos reír y llorar, es decir, vivir; y en una sociedad de autómatas fríos e insolidarios, no queda más remedio que reconocer que esta capacidad de sentir es un regalo de Dios. El que sabe sentir, tiene abiertas de par en par las puertas de la Gloria y, como aquí “pasamos en la Gloria cuarenta días”, por ende, también tiene abiertas las puertas de Puente-Genil.

Son cinco, fundamentalmente, los sentimientos, los estados de ánimo por los que el “mananero” pasa en los distintos momentos de la Semana Santa: corazón jubiloso, corazón anhelante, corazón fraterno, corazón nostálgico y, ya en el culmen, corazón herido.

Sobre ellos, intentaré estructurar este pregón que no pretende ser más que un canto de amor a la tierra que me vio nacer, ojala me vea morir, y a unas costumbres, arraigadas en la infancia familiar, que me dan la certeza de que tengo un puerto al que regresar si la nave de la vida tiende a tomar rumbos inciertos.

CORAZON JUBILOSO

Corazón risueño del Jueves Lardero en el cuartel, cuando el sonido de un cohete rompe el silencio de la tarde y su estela vaporosa parece escribir en el cielo transparente un mensaje de alerta: “Recordar que ya viene la Cuaresma”.

Y llega la Cuaresma y el pueblo se transforma cada sábado entre bengalas, marchas y misereres. Una multitud, festiva y jovial, asciende hasta el Calvario tras la “chusma”.

En la placita de la Veracruz todo se vuelve efusión y abrazos entre los distintos grupos que allí aguardan. Los “alpatanas”, como flores blancas de la noche, son reclamados sin cesar para que vuelquen néctar.

Más tarde, cuando la última nota del miserere se ha perdido entre las sombras de la noche y la banda del Imperio, verdaderos flautistas de Hamelín de La Puente, arrastran tras de sí a la muchedumbre... ¡Qué instantes de amor fraterno! Los Apóstoles, el Viejo Pelicano, el Prendimiento, el Degüello..., bajo el Sagrado Pórtico, a los pies del “Terrible” y su Madre Dolorosa. ¡Cómo se cruzan las “cuarteleras”! ¡Cómo ensancha el corazón de esa “Alondra” compartida por hermanos de distintos grupos que saben que tienen una Madre común que está oyendo sus piropos tras la cerrada puerta! ¡Qué intimidad bajo el Arco! ¡Qué bálsamo para el alma!

De madrugada, cuando se desciende para arrancar a la Vieja Cuaresmera la pata correspondiente, se oyen en la distancia las saetas que brotan de los distintos cuarteles: las Virtudes, los Jetones, el Juicio de Salomón, el Pentateuco, el Arca... y el alma, vagando por la semioscuridad de las callejuelas, piensa entrañablemente en los hermanos que no han podido venir y en otras noches como ésta en que uno mismo, atravesado por la desesperación y la impotencia, ha paseado, en la más nostálgica de las soledades, las calles de la ciudad de adopción mientras los recuerdos y la melancolía se adueñaban de todo.

Es una noche de Cuaresma, fuera del pueblo,
el reloj de una torre marca las diez.
Los recuerdos se adueñan del sentimiento.
(ya estarán mis hermanos en el cuartel).

Tras la puerta cerrada de una taberna
se escucha un martinete de sombra y luz;
la sangre se te enciende y se te rebela.
(ya estarán aguardando en la Veracruz).

La luna, que fulgura en ondas de plata,
es la misma que besa a Puente-Genil,
y hasta hueles el humo de las bengalas.
(ya estarán preparados para subir).

Al sonar de las doce, quizás de un cine,
ha salido a la calle una multitud;
y tanto rostro extraño te pone triste.
(ya estarán mis hermanos ante Jesús).

Un templo barroco, de lujoso mármol,
trae a mi memoria tu ermita gentil;
(bajo el pórtico tocan ya los Romanos,
¡Quién pudiera esta noche acudir allí!).

Nostálgico prosigues entre las sombras,
¿Esta noche un pontano puede dormir?
El murmullo del aire se vuelve “Alondra”
cuyos ecos te llegan desde el Genil.

Cuando el frío te a tenaza en la madrugada
y te sientes perdido en la gran ciudad,
evocas cuarteleras que suenan lejanas
en las callejuelas de piedra y de cal.

Y en la tierra oscura de un oscuro parque
pintas una “Vieja” con sus siete pies,
y le borras uno... ¡qué pena que falte
la copa de vino que apague tu sed!.

Corazón radiante del pontanés el Domingo de Ramos cuando, deslumbrado por tanto azul de cielo, contempla en las puertas de San José a la “Borriquita” y a la Virgen de la Estrella. En el aire, mientras las campanas tañen jubilosas, el azahar confunde sus aromas con las palmas triunfales de Jerusalén. Todo es luz, todo es fragancia, todo es música.

Los sentidos, todavía convalecientes del día anterior, vuelven a embriagarse en la tarde-noche del Lunes Santo. La primavera se desangra en la flor de los naranjos nevados

de la Matallana; perfumes que resucitan recuerdos olvidados flotan en el ambiente y, ante el Asilo, se detienen la Santa Cena y la Virgen del Amor.

¡Paradla aquí, costaleros!
¡Paradla por compasión!
que hay un anciano que quiere
solicitarle un favor.
Y un viejecillo le canta
una saeta, sin voz:
“Quisiera ser costalero
de la Virgen del Amor,
la cera cuesta dinero,
le daría mi sudor
que presiento que me muero”

Un joven de la cuadrilla
se estremece de emoción:
- No te apures más, abuelo,
si no puedes, lo hago yo,
que entre las trabajaderas
el esfuerzo es oración –

Corazón bullicioso del pueblo de Puente-Genil que se vuelca el Domingo de Resurrección en un espectáculo multicolor y alegre, chispeante y musical. Ríos de luz arrancan destellos en las ricas galas de las figuras; el terciopelo rivaliza en suavidad con los plumeros del Imperio. Es el “arte total”; la valiosísima imagen del Resucitado; el colorido impresionista de los personajes bíblicos y sus rebates; las marchas, ufanas y marciales, de los músicos romanos; sedas y rasos; el Moriles, que alivia la sed de la espera y las esencias primaverales del azul, componen una sinfonía universal, un concierto de triunfo sobre la muerte.

Pero este esplendor del Domingo de Resurrección, ésta última llamarada, generosa y fugaz como el postrer latido de una estrella, supone para muchos el regreso a su tierra de adopción, el adiós doloroso a sus raíces. Gozo y nostalgia en el alma agridulce del pontanés.

CORAZON ANHELANTE

Corazón ansioso cuando el sol se recoge en sí mismo, margarita en llamas, en el crepúsculo del Miércoles Santo. Amatistas, topacios, zafiros, rubíes y esmeraldas semejan los picoruchos bajo el destello del último de sus rayos. Placita de la Caridad, rincón sagrado de los efluvios “mananteros” de Puente-Genil.

La mente vuelve a la niñez cuando, junto al Señor del Lavatorio, aparecen las figuras de Adán y Eva, tan distintas a las imágenes que veíamos en nuestros viejos libros de Historia Sagrada. La ingenuidad infantil no podía entender cómo Eva, tan bella en todas las láminas, había engordado de tal manera y adquirido un aspecto tan semejante a Adán.

Tras el Lavatorio, la Oración del Huerto y la Virgen de la Victoria se van perdiendo calle Aguilar arriba. En esos momentos, los ojos buscan las túnicas del “Cirio” sabiendo que es el día grande de la corporación hermana.

Y tú, Humilde, las tinieblas en los cardenales de tu espalda y la luz del perdón en las pupilas, cruzas la reja del Convento. ¡Cuántas veces he visto a los pontanos, con sus hijos en los brazos, explicarles el porqué de tus heridas y ofrecerlos al refugio de tu amor!.

Mientras, la Judea, mi siempre entrañable y amada Judea, fraternales Libertadores, Lazaros valientes, acogedores Milagros de Jesús, cariñosas Sectas Judaicas, te brindan sus saetas de puntas, impregnadas en bálsamo y en miel. En el cielo, como violines de Bohemia, las aves cantoras desgranar la obertura del concierto de tu Pasión.

Cuando ya el cielo no es blanco ni azul, ni es rojo ni gris, y todos los colores del arco iris se funden en un cromatismo indefinido y vago, preludio de la noche, surge la Virgen de la Amargura, dulzura del ocaso, suspiro de la pena. Cada una de sus velas es una flor de olivia que titila al compás de alguna estrella de la tarde. Parece que recoja, con el rojo manto, la sangre redentora de su Hijo y la mirada, que se le quiebra en perlas de ternura, quisiera ser esencia y consuelo a sus heridas.

Corazón expectante y eufórico la tarde del Jueves Santo en la calle de la Plaza. En el Paseito de los Frailes una multitud aguarda que aparezca, al fondo de la calle Ancha, el Imperio Romano desfilando al ritmo de un nuevo pasodoble. En Don Gonzalo, las corporaciones, saciadas de abrazos fraternos, bullen confusas, conscientes de que el ansiado instante se acerca. En los rostros, tras los intensos momentos vividos alrededor de la mesa del cuartel, se advierte el aura de la felicidad. No hay más sentimiento, ni más palabra que amor; Jueves Santo, “día del amor fraterno”.

Marciales, ufanas, gallardas y altivas, asoman, como una estampa de otros días, las escuadras romanas al son triunfal del metal y el viento. El pueblo, inundado de júbilo, es un aplauso incesante, una sola voz que enronquece en clamores. El ansia de la espera se vuelve orgullo de la propia tierra ante el derroche de luces del Imperio.

Más, nuevamente, el gozo y la nostalgia se anuda en el alma del pontanés; uno no puede, ni quiere, evitar que los recuerdos afloren a la memoria, y la emoción humedece los ojos cuando, al ver a sus descendientes, se evocan las figuras legendarias del Imperio; esos hombres que, durante décadas, vistieron con sano orgullo los colores de sus escuadras y a los que un día, quizás porque Dios pensó que al cielo le hacían falta rítmicos alegros y notas de color, dejamos de ver desfilar por las calles estremecidas de la Puente.

Permítaseme que, al recordar a los romanos que se fueron, evoque especialmente a mi tío Luís Reina de Porras, Medalla de Oro del Imperio, al que perteneció más de cuarenta años. Es su memoria la que dicta estas palabras:

Yo quisiera pensar que hay excepciones
en la trágica verdad de nuestra muerte;
yo quisiera pensar que hay quien escapa
del “desnudo naces y desnudo mueres “.

Quisiera pensarlo porque no concibo
una gloria sin romanos de La Puente.
Ante el iris de color de sus matices
¿Qué razón tiene de ser lo transparente?.

Además dice la Ley del buen cristiano,
que la Biblia es la verdad y nunca miente;
si no recuerdo mal, creo que menciona
la existencia de un ejército celeste.

Pues bien, ¿tiene algo extraño que imagine
que un romano, de gala, hasta Dios asciende?
¿no veis como entre angélicas legiones
desfila al paso de una marcha alegre?.

Con el hacha al hombro, reflejando auroras
el metal de su escudo reluciente.
Ved su plumero, que simula al aire
vuelo nupcial del ave del oriente.

Un arcángel, con espada de rubíes,
le abre paso, entre los vivos estridentes
de los entusiasmados serafines
que guirnaldas de laureles le entretejen.

Y cuando llega ante el Trono, a los querubines,
Comenta el Nazareno, sonriente:
-Tocas “Enriquetilla” y ya veréis
Desfilan a un romano de la Escuadra Verde-.

CORAZON FRATERO

Corazón abierto de par en par en la noche del Sábado de Ramos, cuando, en la penumbra de las esquinas, cada rostro contemplado se convierte en un mundo de recuerdos: compañeros del colegio de la infancia, amigos de la pandilla adolescente, confidentes inolvidables de los primeros amores y las primeras copas a escondidas. No hay pudor en los abrazos porque abrazarlos a ellos es también abrazar una parte de ti mismo que se te fue de las manos como arena.

Aún faltan muchos hermanos; algunos sabes que ya vienen de camino; otros ya preparan las maletas. Y le das las gracias a la Virgen de la Guía porque te ha “guiado” con bien hasta aquí. Su nombre lo dice todo: es la guía, es el faro en el camino.

No quiero cantarte,
Señora de la Guía,
cuando subes triunfante hacia tu encierro
y tus hijos te aclaman por la cuesta.
Te prefiero en el fondo “La Calzá”,
cuando estas casi sola
y parece que te detengas a escuchar
la canción que desgrana el Genil
entre las huertas.

No quiero cantarte,
Señora de la Guía,
cuando el fondo de un vídeo
penetra en tu misterio.
Comprenderás que escoja,
Bujía de la Noche,
la luz de las estrellas
reflejada en tu frente.

No es que no me emocione
contemplar cómo baila tu figura
al ritmo trepidante de la pendiente;
pero Tú sabes.
Efluvio de la Gloria,
que es mucho más hermosa
la danza de las sombras en tu cara.

¿Cómo definir el corazón cuando se está sentado alrededor de la mesa del cuartel?. El término “fraterno” no es capaz de describir lo que se siente. Quizás el problema esté en que no es un pregonero el que debiera encargarse de hacerlo, sino más bien un cirujano; porque lo que se produce en esos instantes es una operación a corazón abierto. No hay hombres a tu lado, sólo corazones que latén al compás de un mismo amor, de una misma sinceridad y de una misma entrega. Sólo el que ha tenido la suerte, pontanés o forastero, de haber asistido a esta especie de Eucaristía, puede entenderla. Es algo imposible de explicar.

En este ritual del cuartel, las oraciones son sustituidas por las cuarteleras, que al fin y al cabo son lo mismo, pero con más sentimiento.

“**D**onde dos de vosotros os reunáis en mi nombre, allí estaré yo”. Y allí está El, y tiene que estar allí porque si no, no se concibe ese ambiente sobrenatural que se respira.

“**D**aos fraternalmente la paz”. Y la paz se da; en esta catarsis colectiva del cuartel, el alma que entra atormentada sale en paz con el mundo todo. Pero esa paz no se da con un apretón de manos, se da con el abrazo profundo y entregado del amor al hermano y la emoción a flor de piel.

Y no existe hipocresía, porque no puede haberla; aquí la hermandad no se consigue, como en las películas, hiriendo las palmas de las manos y mezclando la sangre; en un cuartel se mezclan las risas de la felicidad compartida y las lágrimas de la herida que produce el amor en el alma.

Y cada corazón dice lo que tiene que decir, sabiendo que los demás entienden lo que tienen que entender. No hay sentimiento que no acabe expuesto en esa bendita mesa, ni sinsabor que no sea consolado y compartido.

“**L**o produce el vino”, dicen quienes no conocen un cuartel; pero no piensan que en la historia de la humanidad, el alcohol siempre ha llevado a la violencia, no al amor. Por otra parte, ¿hay alguien capaz de mantener callados a cincuenta borrachos para que hable uno? y no uno, que podría ser un orador capaz de hacer milagros, sino para que hable todo aquel que ceda a los impulsos de su corazón. Verdaderamente, esto sólo se consigue en un cuartel de Puente-Genil.

A lo largo de los años que he vivido fuera de La Puente, he traído muchos forasteros a conocer nuestra Semana Santa. Lo he hecho porque todos tendemos a mostrar aquello de lo que nos sentimos orgullosos y porque, además, no soy de los que piensan que lo bueno hay que guardarlo para uno mismo. Lo que he aprendido es que un cuartel es un plato muy fuerte que no todos pueden digerir; no porque no les guste, sino porque hay naturalezas robustas y débiles. No obstante, cuando un forastero encaja bien lo que presencia, no me cabe duda que puede convertirse en un “manantero” más. Permítaseme una digresión:

Hace seis años invité a un amigo cordobés a venir un Jueves Santo. Parece ser que algo vio, porque desde entonces no ha faltado una sola Cuaresma ni una sola Semana Santa.

El verano pasado, en un viaje a Marruecos que efectuamos juntos, puedo asegurarles que en las conversaciones que entablábamos con los españoles de allí, hablaba más de la Semana Santa de Puente-Genil que yo mismo. Pero lo que más me asombró es que visitando Xauen, una ciudad habitada por árabes descendientes de los musulmanes españoles expulsados en los siglos XV y XVI, vimos por la calle una especie de procesión, toda de hombres vestidos igual, que iban cantando unas salmodias y se contestaban unos a otros. Como este hecho parecía confirmar la tesis de los orígenes arábigos de la saeta (al menos el parecido tonal era asombroso), me vino a la cabeza la idea de nuestra “Mananta”, y al no tener ningún paisano para comentar la similitud, lo miré a él para explicarle lo que sentía. Mi sorpresa fue descubrir en su expresión que estaba a punto de decirme lo mismo. A partir de ese instante, está claro que este cordobés ya no es un amigo, sino un hermano en la Semana Santa de Puente-Genil.

Como me consta que son muchos los forasteros que, año tras año, integrados en nuestras costumbres, sienten lo mismo que nosotros, permitidme que les de la bienvenida y les manifieste que somos conscientes de que tiene más mérito amar lo que no se ha mamado, que adorar lo que por la sangre forma parte de nosotros mismos.

Sé bienvenido, hermano forastero
que lejos de quedarte en la fachada
quisiste ver lo que hay de verdadero.

Valor de tí, que limpia la mirada
y abierto el corazón al sentimiento
llegaste a nuestra casa en tu jornada.

Tú supiste captar en un momento
la hondura del sentir de nuestra gente
disfrazada en la risa y el contento.

Notaste de inmediato en el ambiente
que no es una canción la cuartelera,
que así rezan los hombres de La Puente.

Pudiste comprobar que no es sincera
la leyenda de que al que nos visita
lo despiden con enorme borrachera.

Comprendiste que el gesto de la “uvita”
no es una obligación, que aquí bebemos
cada uno lo que necesita.

Te asombró comprobar que no tenemos
pudor en desvelar lo que sentimos
ni tampoco en decir que nos queremos.

La presencia de Dios, que presentirnos,
purifica de envidias y rencor.
¡Feliz tu, que encontraste sus caminos!

Si te es duro al paladar este licor
y una lágrima furtiva, alguna vez,
ha surcado ya tu rostro, por amor,
¡Sé bienvenido, mi hermano pontanés!

CORAZON NOSTÁLGICO

Corazón angustiado en las callejas de luto cuando la sombra del Cristo del Calvario se proyecta en la cal de los muros bajo el pálido fulgor de los rayos de luna. En el contraste de la luz y las tinieblas, el baile de las cruces en las sombras tiene acentos de elegía y de camposanto.

Mi alma se estremece al contemplar el Mal Ladrón, que parece retorcido por toda la furia de los infiernos, y recuerda los terribles versos que mi padre dedicó al Cristo y

a las Postrimerías del hombre; versos que se cantaban con la música del “Viernes Santo Triste Día”:

“Si eres todo omnipotente,
¿Por qué no dejas tu Cruz?”
Mientras Gestas blasfemaba
Dimas la Gloria imploraba,
y así Cristo le responde
en el momento preciso:
“Hoy serás, te lo prometo,
connmigo en el Paraíso”.

No sabe el hombre qué hace
cuando de la Cruz se aleja.
y en sus hechos se refleja
de la Doctrina ignorante.

¡Ay , si pensara un instante,
si tuviera en la memoria
que por todo fin le espera
muerte, juicio, infierno o Gloria!.

Tras de ti, Cristo sagrado de mi infancia “manantera”, la sombra de tu Madre, néctar de Consuelo, parece querer enlazarse con la tuya derretida en miel del sufrimiento que unge las penumbras de fragancia de rosas.

Y cómo no evocar, aunque sea de pasada, esa estampa entrañable de la “Campanita” y la “Vara” de Jesús Nazareno, que recorren solitarias las calles del itinerario procesional, como nuncios nocturnos del porvenir y testigos del pasado al mismo tiempo. Voz del ayer proyectada al mañana; bronce de melancolía y madera de tradición.

Aún recuerdo como si fuera hoy, la áspera impresión en mis manos de niño de ese pesado bronce cuando, atendiendo una petición paterna, aquel hombre, contrahecho por el peso, me cedió unos segundos la “Campanita”. Ahora me doy cuenta de que tener en las manos la campana del Nazareno es como interpretar la música que sostiene la bóveda celeste.

Al hablar de niñez y de tradición, cómo no referirnos al Día de la Cruz. ¿Existe algo más elocuente que la cara de un niño o, por qué no decirlo, también de un padre, el primer día que ese hijo desfila vestido de romano o portando las ropas, rostrillos y martirios de la corporación paterna?.

Hace unos años, cuando nació mí hijo, en una tarde melancólica de Cuaresma, allá en Córdoba, pensé que acaso los avatares de la vida y la muerte, podrían impedirme decirle que él es pontanés ante todo, aunque no viva aquí; que en Puente Genil están sus raíces, porque están sus antepasados. Pensé, que quizás no comprendería que debe amar estas Santas Imágenes porque en ellas está su protección, y que mientras él las venera, yo, en su sangre, también viviré para venerarlas.

Por lo que pudiera pasar, le escribí un poema con la esperanza de que, si yo faltaba, cuando se hiciera mayor alguien se lo leyera y supiera de mi propia boca que deseo con todas mis fuerzas que sea pontanés y “manantero”. Estoy tranquilo, porque tengo esa promesa de mis hermanos en la Corporación.

Al cantar el Día de la Cruz, permitidme que hoy dedique este poema a todos los “mananteros”, padres e hijos; a los padres porque estoy seguro que sienten lo que yo, a los hijos para que sepan lo que sienten sus padres:

Escúchame, Manuel, si yo pudiera
encontrar las palabras oportunas
y abrir tu corazón a tus raíces,
si Dios quisiera iluminar ni pluma.

Tú no puedes captarlas, mas ya vibran
en el aire sensaciones de “Mananta “;
un olor, especial e indefinido,
que más que olor, es una voz del alma.

Algún día, cuando pasen unos años,
también tú sentirás esta señal,
y por instinto, como animal en celo,
al reclamo de La Puente acudirás.

Es la voz de la sangre, que te llama,
tú no eres más que el último eslabón,
lo que tú veas, ya lo vieron tus abuelos,
lo que tú sientas, ya lo he sentido yo.

Cuando el Viernes a la tarde, de figura,
humilles tu martirio ante sus plantas,
cuando los ojos de Jesús te miren
y no puedas soportarle la mirada;

cuando al paso de la muerte, sus tambores
te presagien el final que nos aguarda
e imagines tu juicio postrimero
en la curva feroz de tu guadaña;

cuando tu corazón se te desboque
al oír el clarín de la “Diana”
y una espiral te suba desde dentro
y forme como un nudo en tu garganta...

No te asustes, Manuel, es que en la sangre
se transmiten las vivencias de los hombres.
¡Qué más da que no vivas en el pueblo
si lo llevas en tus venas y en tu nombre.

¿No comprendes que cuando yo me vaya,
seguiré en ti, latiendo en cada instante?
Cuando mires al Patrón, serás mis OJOS,
mi boca, tu serás cuando le cantes.

Si yo pudiera moldear tu alma,
si Dios quisiera dirigir mi pulso.
¡Oh Puente—Genil, cómo amarrar
sus nervios con los tuyos!.

Corazón transido el Jueves Santo en la noche. La espadaña de la Veracruz es un remanso de destellos azules de luna cuando se encierra Nuestro Padre Jesús Preso. Sus ligaduras, como rosario de estrellas celestiales, predicán la humildad del Dios humanizado. Magnífico en su discreción, bellísimo en su sencillez.

Junto a El, la Virgen de la Veracruz; de tan etérea, parece estar forjada de cálido cristal. A su paso, las esencias de la noche primaveral se prendan, absortas, en su hermosura.

En la placita, la pétrea columna que rodea la hiedra se estremece de santa envidia ante esa otra columna que rodean las ataduras de Jesús. Nuestro Padre Jesús Amarrado a la Columna. Sus espirales salomónicas son una escalera sin fin hacia la Gloria, que asciende desde el templo de su trono. En el cristal de sus guardabrisas, las luces son begonias incendiadas en la noche. No se pueden mirar las llagas de su espalda sin que se embargue el ánimo de constricción y duelo.

Y llegas Tú, María Santísima de la Esperanza. No tengo que explicarte los sentimientos contradictorios que nacieron en mi alma cuando te vi llevada a hombros por tus hijos. Tú sabes de la alegría de mi corazón al comprobarte tan hermosa y dignamente portada; pero también conoces mi íntimo pesar al saber que ya no te sería necesario para subir la pendiente hasta tu encierro. No necesito decirte el consuelo que fue para mi alma sentirme arropado, durante tantos años, bajo tu manto, mientras subías las cuestas de mi pueblo. En mi interior, algo me decía que esos instantes de esfuerzo bajo la esmeralda de tu terciopelo, serían como un paraguas protector de las desgracias durante el resto del año. Hoy te pido, Madre Esperanza, que me sigas concediendo el honor, aunque afortunadamente ya no lleves ruedas, de ampararme unos segundos bajo tu bendito manto.

Bajo tu manto, Esperanza,
bajo el césped de tu manto.
Cuando llega el Jueves Santo,
de mi dolor y añoranza
siempre eres Tú la bonanza
que consuela el corazón.
Tú sabes de mi emoción
bajo el verde terciopelo;
que es estar como en el Cielo
sentirse en tu protección.

No te pido más, Señora,

que mientras Dios me dé vida,
restañes Tú mis heridas
con tu capa protectora.
Y cuando llegue la hora
en que la fuerza; nos deja,
tu mirada me proteja
al llegar el Jueves Santo;
haz de tus lágrimas manto
y que mi amor lo entreteja.

Corazón compungido cuando va pasando por las calles de La Puente el tristísimo cortejo del Santo Sepulcro y la Virgen de las Lágrimas. Silencio y dolor componen un canto elegíaco ante el fúnebre desfile. La Madre, que enjuga el llanto más con el oscuro velo de la noche que con su blanco pañuelo; y, en lo más alto, el pelícano, como símbolo de la muerte redentora.

Pero al llegar el Sábado Santo, este pregonero, aunque tendría tantas cosas que decir, reconoce que encuentra dificultades para hacerlo. Le es imposible pensar en el Sepulcro sin que inmediatamente acuda también a su memoria el recuerdo inolvidable del que durante tantos años fue alma de esta Cofradía.

Me refiero, ya lo saben, al por mil motivos entrañable Manuel Berral Contreras, cuya alma viajó hasta el Altísimo acompañada por todos los símbolos del Señor de sus desvelos.

Un pregonero es un cantor; pero estoy seguro que ustedes me disculparán porque es difícil cantar cuando se siente el corazón invadido de pena.

Más tarde, cuando la Procesión se ha encerrado y los hermanos, poquito a poco, se han ido marchando a casa, de madrugada, sabiendo que al día siguiente tendrás que irte, Jesús, como un imán, te llama. Y en el Pórtico, a solas tú y El, en el frío de la noche, le agradeces los momentos vividos, le pides por los tuyos y le imploras que te deje volver el año próximo. Te despides con una cuartelera en voz bajita, para tí y para El, y te encaminas al hogar mientras vas oyendo por los distintos grupos las risas cálidas de la “comida de las mujeres.

CORAZON HERIDO

La noche del Viernes Santo. Picoruchos de duelo vagan como almas en pena por las calles que confluyen en el Dulce Nombre. El negro cielo reviste las esquinas con plata de luna mientras los tambores y cadenas del “Apostolao” sirven de horrísono fondo a las quejumbrosas y dolientes cuarteleras. Saetas con sabor a sangre redentora acompañan al Cristo de la Buena Muerte. En su costado se abre el clavel deicida; y esa flor de la muerte, es también la flor y la fuente de la vida.

En una esquina, de pronto, una patética imagen rasga las tinieblas de la noche: es María Santísima de las Angustias, atravesada por el dolor de contemplar al Hijo muerto en sus brazos. Con qué infinita ternura lo acoge en el aroma de nardo de su regazo. Sus manos, mariposas celestiales, se posan en Jesús tan suavemente, que parece tuviera miedo de acrecentar su quebranto. Se la presiente tan sumida en su dolor, que dan ganas de decirle:

¿Dónde te diriges, Luz de la noche?
¿Dónde tus hermanos te encaminan?
¿Dónde quieres ir, Madre Divina,
que hasta la oscuridad tu llanto rompe?

¡Madre mía,
detén tu angustia,
no era tu único Hijo,
quedamos más todavía!
¡Qué tristes tus ojos, Madre!
¡Qué triste y oscuro el cielo!
¡Qué tristeza en los semblantes!
Si hasta la luna, Madre,
se viste de luto y duelo,
“pa” acompañarte.

Con ella la Santa Cruz, como testigo silencioso del sacrificio del Justo. Santo Madero que, empapado de su sangre, nos habla, en la quintaesencia de la paradoja, de la muerte fugaz y la eterna vida.

Cumpliendo la voluntad de Jesús, junto a la Madre, el Discípulo Amado, San Juan Evangelista. Nunca podrá el pueblo agradecer bastante su labor “manantera” a estos hermanos que, contra accidentes y riadas, han estado siempre velando por nuestras tradiciones.

Mientras la Madre de la Isla recorre sus dominios. De tan chiquita, aunque es Reina de las Almas, semeja una bellísima princesa celestial. No se concibe cómo puede esa carita desvalida y angelical encerrar tanta sombra de agónica aflicción. No se comprende de qué recursos se valió el artista para reflejar la luz de su armonía, pero, es indudable, que, al contemplarla por las calles oscuras de su barrio, el alma siente el impulso irrefrenable de consolar su soledad.

No puedo descifrar el estado de ánimo que nos embarga en la madrugada del Viernes Santo. El aire se va adornando de colores conforme va apareciendo la figura venerada de Jesús de Nazaret. La aurora se despierta con ropajes de fuego mientras el horizonte se va dibujando en un iris de granates, topacios y amatistas.

Irrumpe el Imperio en el Calvario y, mientras el pueblo calla, las almas se llenan de la nostalgia que infunden los luceros en la nebulosa del amanecer.

Suena la Diana; para describirla pido otra vez prestada la palabra a mi padre Manuel Reina de Porras. Quizás sea éste el mejor momento porque a él le debemos la más

difundida y bella de las letras de nuestra Diana; la conocida como “Diana del Degüello”. Así escribió él este instante:

Ya las estrellas no alumbran
la Cruz de acero calada,
y apenas iluminada
la fachada de la ermita.
Sólo un lucero palpita
que anuncia la madrugada,
y en la iglesia consagrada
de Jesús de Nazareno,
el templo, de fieles lleno,
se desborda en la explanada.

Rasga los aires típica saeta,
el pueblo alegre e impaciente espera,
y la gente del pueblo y forastera
rivalizan en un solo cantar.
Corre el vino generoso
que brota de la botella,
aunque nunca una querrela
rompe la fraternidad.

Finge roja llamarada
el sol que apunta a lo lejos,
en la cuesta los reflejos
de las luces de bengala;
el Imperio, de gran gala,
se anuncia con sus tambores,
y el pueblo rompe en clamores,
que salir por la portada
ve la imagen venerada
del Señor de sus amores.

Rasga los aires el clarín sonoro,
el pueblo mudo e impasible espera
y hasta parece la terrestre esfera
suspender en un punto su girar.
Es que ha subido el Imperio
a tocarle la Diana
y a escoltar esta mañana
al Rey de la Humanidad.

La Virgen de los Dolores, corazón de siete pétalos, parece llorar las lágrimas de todas las madres del mundo. Reina del desamparo y el desconsuelo, paloma de alborada.

Otra vez, cumpliendo la misión encomendada por el Maestro, San Juan acompaña a nuestra Señora de la Cruz. En este día, su símbolo no debiera ser el águila, más bien una golondrina refrescando con sus alas de seda la frente del Rabí.

Y el Cristo de la Misericordia, que en su agonía, pronuncia las terribles y al mismo tiempo reconfortantes palabras: “Todo está cumplido”, sellada con la fértil lluvia de su sangre.

Con las primeras luces, el Patrón, el Jesús de la Terrible y dulce mirada, comienza su vía-crucis. Bendito sea mi pueblo; que las generaciones que nos sucedan guarden la fecha de 1.990 en su memoria. Bienaventurados los ojos que van a contemplar otra vez a Jesús llevado a hombros por sus hijos, entre la escolta de sus bastoneros; gloria a la juventud pontana que ha querido y sabido recuperar la tradición de sus abuelos. El baldón de nuestra Semana Santa, que no era culpa de nadie, ha sido lavado con el sacrificio y el amor. Mil veces bendito sea mi pueblo.

Y este año, Jesús, más alto y más terrible que nunca, recibirá en Santa Catalina las “reverencias” de sus hijos. El cielo será una oda escrita con zafiros y, como siempre, mientras la luz reverbera en las rejas de los balcones, los geranios y las gitanillas se esforzarán por descolgarse aún más, para ungir con sus esencias la piel atormentada del Nazareno.

Más tarde, cuando el sol atraviesa ya el aire con su daga de oro y sus rayos, como flechas diamantinas, hieren la mirada, el dulce Rabí será acogido por el alegre fervor de la multitud en la Calle de la Plaza. Es otro ambiente, más festivo quizás por la hora. Lo cierto es que en el Paseo del Río las corporaciones se ven bulliciosas y risueñas; brotan entre ellas comentarios que provocan sonrisas.

Un año, en que mi hermano José Manuel, que mide cerca de dos metros, iba vestido de Muerte de las Postrimerías, observó que un gitano no se separaba de él; cuando acabó el recorrido y llegó al Paseo, el gitano, mirándolo de arriba a abajo, le dijo con el semblante descompuesto: “-Ojú, con los años que llevo yo pidiéndole a Jesús que me mande una muerte corta-”.

Y Jesús aliviado por la sinfonía de brisas del Genil, cruza nuestro puente en la imagen más bella de la “Mananta”. Las Doce Columnas, queriendo expiar el abandono bíblico, lo acompañan en su visita al barrio más castizo.

Ya en la tarde, cuando el sol se difumina en una acuarela de sombras y los últimos matices de su luz hacen destacar en el crepúsculo el Santo campanario de su ermita, tus hijos te despedirán con la humilde adoración de sus “reverencias” en el, sin duda, momento más entrañable e íntimo para el “mananero”; cuando, en el intervalo de los tres movimientos, te mira a los ojos, si es capaz de hacerlo, y presiente que durante ese segundo mágico eres más Padre que nunca.

Llegado este momento, martillean en mi memoria las palabras de Miguel Romero”... y al pie del Nazareno, la eternidad dormir’. Y me identifico absolutamente con él; le pido a Jesús que mi cuerpo sea tierra en mi tierra, sustento de sus árboles y polvo de

sus rincones (precisamente lo que el “pobre Miguel Romero”, no pudo ser) y que permita a mi alma, aunque sea sólo los Viernes Santos, recorrer mi pueblo tras El y, si es posible, observar un ratito a mis descendientes en la Corporación.

Como homenaje a Miguel Romero escribí un poema que hablaba de todas estas cosas. Quise que fuera una especie de continuación al suyo; empleando su misma métrica y, en la medida de lo posible, su propio léxico.

Óiganlo, si le es grato, en memoria del más profundo poeta de Puente-Genil.

Y AL PIE DEL NAZARENO, LA FRATERNIDAD DORMIR

Y cuando Abril alegre adorne los caminos
y extiendan por el aire su bálsamo “Los Pinos”,
quisiera despertarme al son del río Genil.
Notar que me he fundido en musgo de su piedra,
en polvo de tus calles, en flor entre tu hiedra,
que es parte de tu esencia mi espíritu sutil.

Ser átomo de espuma que nazca bajo el Puente,
la gota que dibuje las ondas de tu fuente,
la cal con que tus hijas blanquean la pared.
Sentir que soy racimo de uva en tus lagares
que luego, en una copa, provoca los cantares
y alivia de tus hijos las penas y la sed.

Después, el Viernes Santo, quisiera en tu Diana
ser nota de clarines, repique de campanas
que anuncie que en el Arco asoma ya tu Cruz.
Purgar en tu mirada los yerros de mi vida,
quemarme en limpio fuego, ser cera derretida
de un cirio que ilumine tu rostro con mi luz.

Bajar, tras del Imperio, la cuesta de tu ermita
oyendo a mis espaldas tu dulce campanita
y viendo allá en los montes el alba clarear.
Que mi alma evoque entonces recuerdos de la infancia
y traiga a la memoria vivencias y fragancia
de noches sosegadas y aromas de azahar.

Perdido en las esquinas, confuso entre la gente,
mi espíritu errabundo, vagando por La Puente,
pisara los umbrales benditos del cuartel.
Y allí, en aquellos muros, testigos de otros días,
como curiosidades, habrá fotografías
ya antiguas y amarillas. Quizás estará él.

Sentados a la mesa veré a mis descendientes
y evocaré otro grupo de rostros sonrientes
y un mundo de ternura, de paz me inundará.
Sobre la chimenea, La Vieja Cuaresmera
aún guarda a los hermanos, se oirá una cuartelera,
acaso alguno de ellos, como él se llamará.

Y cuando al caer la tarde, desfilen las Figuras,
y lentamente pasen ante tus Plantas Puras
mientras el sol se esconde, queriendo ya morir,
concédele a mi alma la gloria de admirarte,
que con mis cuarteleras intente consolarte
y que tus Santos Brazos, me quieran bendecir.

Por fin, cuando otra vez te oculte tu Santuario
y nuevamente quede la Plaza del Calvario
sumida en su nostalgia de triste soledad...
Regrésame Señor donde mi padre duerme,
que quiero entre sus brazos, como un niño, acogerme,
y en tierra de mi tierra, vivir la eternidad.

Reitero las gracias por su paciencia y amabilidad.